

LOS PRODIGIOS DEL ISLAM. LA CAUTIVIDAD DEL CATOLICISMO EN ORIENTE Y OCCIDENTE

por

CRISTIÁN GARAY VERA

I. La fascinación por la España musulmana

Crecientemente un mayor número de estudios y libros dedican su atención a la civilización mahometana en España. Estudios dedicados a Al-Andalus —nombre árabe de España—, parecen envidiar los días de los califas, apoyados, claro está en el resplandor del Generalife y la Alhambra de Granada, la Mezquita de Córdoba, o el Alcázar de Sevilla, y de otros muchos restos que subsisten en diversos lugares de España como el sur de Portugal, Zaragoza o Valencia.

El esplendor de esta cultura, aparece además acrecentado por las acusaciones de «intolerancia» a los Reyes Católicos por su expulsión de moriscos y judíos. Contra ellos se esgrime la tesis, académica, pero no pocas veces política, de los llamados defensores de los derechos humanos, que exaltan la supuesta y envidiable coexistencia de las tres religiones —judíos, moros y cristianos— en la España medieval. Frente, claro está, a la «España negra» del fanatismo y la Reconquista, que casi parece ilegítima a su ojos. El supuesto modelo de la convivencia «ecuménica» en Al-Andalus, babel ecuménica sólo existente en su imaginación, aparece así como un lugar común de la cultura de nuestros días. Es una tesis nada novedosa: en los años 30, hubo quien, como Américo Castro, se atrevió a sugerir que en la raíz de la españolidad estaba el elemento árabe, mereciendo de parte de Claudio Sánchez-Albornoz la respuesta en dos volúmenes de su *España, un enigma histórico* (Buenos Aires, 1957) y las líneas despectivas de su pluma frente a «la irritación que me producía el envenenamiento de la conciencia nacional por las fan-

tasmagóricas tesis, sin base firme en la realidad histórica, de un ensayista de pluma fácil metido a historiador» (1).

De ese modo, la exaltación sospechosa del extinto mundo hispanomusulmán, parece ser otro frente establecido para la crítica de la fe militante de la España que desde Covadonga va a luchar por ocho siglos para su Reconquista. El primer vacío de esta tesis revisionista aparece, por cierto, en la contemplación objetiva que la civilización «árabe» de España es más esplendorosa que en sus fuentes. El refinamiento y el avance cultural y científico de Córdoba, Sevilla y Granada fue mayor al de Damasco. Pocos parecen percibir que en efecto fue así, y no podía ser de otra manera. Porque el islamismo fue, sobre España, apenas solo un barniz, nunca bien asimilado, impuesto y sostenido militarmente. Nunca hubo, en efecto, un tránsito apreciable y mayoritario de población árabe sobre España, y los nuevos dominadores no se esforzaron en la conversión, pues de ellos emanaban altos tributos. Como en otras partes, se ocuparon eso sí de confiscar los principales templos católicos y de hacerlos musulmanes.

Asimismo, cada vez, cobra más fuerza la tesis sostenida años atrás en solitario, que la ineptitud cristiana para repeler el ataque se debía a algo más. En efecto, son los partidarios de los hijos del rey Vitiza, rivales del Rey Rodrigo, quienes llaman a los musulmanes, por intermedio de un misterioso «conde» Julián, quizás berberisco y católico, para imponerse en el trono. Por lo demás ello refuerza el hecho de que la dominación islámica era reciente, y quizás no dimensionada. De hecho Vitiza había sostenido a un tal Olbán contra Tarik, lazo que cesó con la muerte del godo. Ya lo afirmaba Claudio Sánchez-Albornoz, nada sospechoso de «integrista», en 1969 cuando recordaba que de la crónica del Ajbar Maymu'a se deducía que el ejército «árabe» de Tarik estaba compuesto en parte por godos, y que venía llamado desde España, y cuyos cómplices estaban en la Corte del Rey visigodo. Los traidores eran los hijos del ex rey Vitiza, que —según las crónicas árabes— viajaron a Africa para pedir ayuda

(1) CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *Orígenes de la Nación Española. El reino de Asturias*. Sarpe, Madrid, 1985, pág. 30.

y recuperar su trono. Un año antes se preparó la invasión en Tarifa, y se verificaron los informes del «conde Julián». Al enfrentarse cristianos y musulmanes en Guadalete, se pasó a los segundos «una importantísima facción del ejército cristiano y los mahometanos hallaron en la Península lo que hoy llamaríamos una doble quinta columna que facilitó su avance arrollador» (2). El 711, Tarik olvidando sus promesas, proclamaba la soberanía del Califa de Damasco. Ese «algo más» en la traición, parece ser la herejía arriana, que minaba la comprensión de la fe, y hacía que muchos godos —por breve período arrianos— contemplaran con mejores ojos a los mahometanos que no creían en la Trinidad, que a sus compañeros de fila. Esta fue la conclusión que sacó hace años otro especialista, poco oído, Ignacio Olagüe en *Los árabes nunca invadieron España* (Gallimard, París, 1969) y *La Revolución Islámica en Occidente* (Fundación Juan March, 1974). El sostenía que eran las minorías antitrinitarias las que habían pavimentado el camino al islamismo (3).

De ese modo se entiende porqué un pastor enseñó a unos desconocidos, el 712, cómo superar en la forma más fácil las murallas de Córdoba, mientras en Covadonga, Oppas —u otro traidor— interpelaba a don Pelayo a no resistir. Poco antes, los judíos entregaron Toledo, culminando así sus luchas con los visigodos (4), igualmente la labor de zapa de los vitizanos seguía su marcha: Oppas, hermano de Vitiza, colaboró con Muza en Toledo, y un conde visigodo, Casius, se pasó voluntariamente a los invasores, y fue el padre de los Banu Qasi'. Una vez pacificada España (en la conquista, dicen las crónicas; «No quedó un lugar que no fuese saqueado, una iglesia que no fuese quemada, una campana que no fuese rota»), los musulmanes fueron liberales en su victoria, ocupándose sólo de

(2) CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *Orígenes de la Nación Española. El reino de Asturias*, Sarpe, Madrid, 1985, pág. 70.

(3) Léase la nota escrita por JULIO GARRIDO, «Vinieron los sarracenos», en *Roma* N° 62, mayo de 1980, pág. 33.

(4) Bajo Sisebuto se obligó a la conversión forzada de los judíos y en el 694 el Concilio de Toledo los acusa de conspirar en contra del Estado. En Mérida, Muza dejó a los judíos custodiando la ciudad, ver CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *Orígenes de la Nación Española*, págs. 87 y ss.

cobrar tributos, y confiscando sólo los bienes de la Iglesia y de los huidos a Galicia (5).

Asimismo, la llamada cultura mahometana no es una cultura genéticamente árabe ni cosa que se le parezca. Los berberiscos, que venían con El-Tarik, eran acompañados de un número no despreciable de godos traidores, a los que se sumaron otros renegados. Al-Andalus compartía el basamento cultural, e incluso racial del resto de Europa, y los árabes musulmanes siempre fueron una reducida minoría. Ejemplos que se suelen sacar a propósito del legado musulmán, tienen relación con la cultura cristiana de Oriente, muy persistente en el Mediterráneo, así los primeros castillos omeyas seguían el modelo bizantino de torres redondas formando un cuadrado o un rectángulo. Es que cristianos y dominadores estaban en la base de la reinterpretación de los elementos árabes con la arquitectura bizantina y occidental. El estilo mudéjar, por ejemplo, estaba hecho por árabes al servicio de los cristianos, y el mozárabe —menos fantástico— por cristianos bajo mando musulmán. Por ello los Reyes Católicos podían, con un arquitecto cristiano, y en plena superioridad bélica, edificar un palacio mudéjar para sí mismos en Sevilla. Propiamente hablando, los historiadores distinguen el arte mudéjar del hispanomusulmán, y descubren que en su «erección han tenido notable intervención los arquitectos y obreros españoles al servicio de la causa del Islam», lo que explica la aparición de «elementos de progenie visigótica (aparte de los materiales aprovechados), como el arco de herradura» (6). Respecto a la impronta helenística, ella era natural, ya que los musulmanes habían ocupado toda esa zona, y tenía estrechos contactos con el mundo bizantino. La filosofía de Avicena o de Averroes, poco debía al islamismo, y más a este fondo

(5) Esto explica la escasa cantidad de revueltas cristianas. Ahora bien, Santa Columba de Córdoba se presentó al tribunal para afirmar que Mahoma era un falso profeta y fue decapitada. Cuando Leocricia, en el 859, renegó del islamismo, y fue protegida de San Fulgencio, que iba a ser nombrado Arzobispo de Toledo, fueron ejecutados por no apostar ante el Juez.

(6) ERNST DIEZ, *Historia del Arte Universal*, Tomo XX: *Arte Islamico*, Editorial Moretón, Bilbao, 1967, pág. 55.

cultural mediterráneo. Donde los musulmanes no podían transigir era en la representación de las cosas. Por ello carecieron del impulso pictórico y escultórico, toda vez que el Corán prohíbe la representación de cosas y personas, con objeto de evitar la idolatría de sus fieles. De ahí la superioridad creciente del conocimiento español en vísperas de la caída de Granada, que disfrutaba de una situación de vanguardia científica y cultural sin contrapeso, y no vivía como aquél de deleites pasados.

A medida que la Reconquista progresó, las poblaciones liberadas volvían al Catolicismo, y se recuperaban los templos y las mezquitas también para el culto católico. La población criptoárabe quedaba como un fermento aislado, y potencialmente subversivo. Asimismo, el rito mozárabe, iba perdiendo vigencia, en la medida que el Catolicismo ya no necesita en tierra española de la proyección musulmana. La población, que no había dejado de ser cristiana, podía volverlo a ser libremente, y por lo general en esta situación adhería con toda su fuerza a la política de reunificación espiritual y territorial encabezada por los diversos reinos (7). Todo ello llevó al mundo musulmán en España a desaparecer totalmente, no dejando huellas en el pueblo español. Con la expulsión de los musulmanes de España, la influencia árabe cesa tan bruscamente como había venido.

II. El mundo musulmán

En la Antigüedad, el grueso de la cristiandad descansaba en Oriente y no en Occidente. Era del otro lado del Mediterráneo en que San Agustín escribía sus libros. Y también fue en Efeso en Constantinopla, en Jerusalén, donde transcurrían los hechos más importantes del Cristianismo. Este llegaba hasta Etiopía, y había convertido a los egipcios, el norte de África, el Asia Menor, y las orillas de los Balcanes. Baste recordar que en el siglo IV, época del

(7) Uno de los primeros actos de esa voluntad fue el apoyo que el Emperador de León dió al Camino de Santiago, y que ratificó la vocación cristiana de los residentes.

Edicto de Milán (313) de Constantino el Grande y del Concilio de Nicea, tienen mayor importancia las ciudades africanas y del Asia Menor: Hipona en Argelia, Cirene en Túnez, Alejandría y Tebas en Egipto, Jerusalén, Damasco, y Antioquía en la costa, así como Nicea, del otro lado del Bósforo, Cesarea, y Tarso.

Todo ello desapareció con rapidez enorme.

La causa fue la expansión del islamismo.

Sin el judaísmo Mahoma no hubiese podido construir el islamismo. Religión simple, hecha para espíritus simples, la nueva religión desechaba la teología reinante. Nuevamente en ella se escuchan voces familiares a la tradición veterotestamentaria, que van estructurando con sorpresa una nueva religión. Ella se expandió gracias a los esclavos libertados, los nómadas del desierto, y los enemigos de los comerciantes de La Meca. Primero en la Península Arábiga, haciendo del meteoro caído, la piedra negra, en La Meca su centro espiritual. Asimismo, el islamismo se convirtió en una organización política de peso que transmitía el poder a los «descendientes de Alá». El mahometismo conquistó militarmente a turcos, persas y egipcios, las dos últimas civilizaciones de antigua data y religiones propias. En el caso de los persas se trataba de un pueblo que generó religiones alternativas al Cristianismo que trataron de captar al Imperio Romano, y cuya contribución a las herejías de uno y otro lado no fue despreciable, según lo comprueba la persistencia del gnosticismo.

El Islam se expandió rápidamente más que por conversiones por conquista. Eso no era raro: Mahoma proclamó que «¡La espada es la llave del Paraíso!». Las dos víctimas de sus incursiones fueron el Imperio Bizantino, y el Sasánida, que fue destruido al poco tiempo hacia el siglo VIII, y cuya religión de los magos, el mazdeísmo o zoroastrismo, fue obligado a emigrar hacia la India. La primera fase de Jhilad abarcó Medina y La Meca, ciudad esta última que ofreció férrea resistencia a Mahoma, sin embargo cuando fue conquistada en el 630, y declarada ciudad santa, ésta se convirtió masivamente. En el 632, a su muerte, toda la Península Arábiga estaba unificada. Los sucesores de Mahoma, los Califas, consideraron su deber hacer la Guerra Santa, y ello explica su expansión. Siria, Mesopotamia,

Persia, fueron las primeras en caer. Desde Damasco, los Califas Omeyyas siguieron penetrando hacia el Asia Central y el Valle del Indo (710). Más tarde los árabes se dirigieron hacia Egipto, cruzaron el Canal de Suez en el 639, y sometieron El Cairo. De allí bordearon el Mediterráneo, penetrando profundamente en el Magreb, y cruzaron Gibraltar, dominando a los visigodos.

Dentro de los últimos logros del islamismo estuvieron la adhesión de los montañeses afganos, que asolarían hacia el año 1000 las llanuras del Indo y del Ganges hasta Bengala. A su vez, egipcios serían los difusores del islamismo por los bordes de Africa. Los turcos, a su vez, también se someterían a la nueva religión, y aprovecharían de sojuzgar no sólo a los cristianos, sino también a sus mentores.

Como todo éxito, el mahometismo cosechó contradicciones internas. La división política en manos de familias diversas de Mahoma, y las disputas por su sucesión quebraron la unidad inicial. Asimismo, surgieron diversas corrientes internas, de las cuales la más importante es la sunnita. También se desarrolló la chiíta, desarrollada en especial en Persia, y al parecer con un específico origen político, que concedía mayor importancia a los intérpretes del Corán, y también daban mayores atribuciones temporales que las concedidas por los sunnitas (8).

III. Los Balcanes

El derrumbe de los Balcanes a manos de los turcos otomanos transcurrió en medio de dramáticas alternativas. La fragmentación política, las alianzas y las traiciones facilitaron el camino. Mohacs, derrota húngara, y Viena, derrota turca, marcan el límite de la expansión turca. Los otomanos eran menos refinados, pero mejores guerreros. Los primeros turcos adoptaron el apelativo de seléucidas, por el primero de su tribu, Selkuq, que se convirtió al islamismo,

(8) Sobre estas corrientes H.A.R. Gibb, *El Mahometismo*, FCE, México, 1952, pág. 99-115.

pero pronto fueron conocidos por otomanos, por uno de sus más destacados soberanos. Bajo Amurates I los turcos iniciaron su progresión en Europa, y sometieron Bulgaria y Serbia en 1389. La expansión de Tamerlán dió un breve respiro a Bizancio, que cayó en 1453. Le siguieron Atenas, 1456, Peloponeso, 1548, y más tarde Bosnia-Herzegovina. «Nuestro imperio es la patria del Islam —decía Mehmet II—. De padres a hijos alimentamos la lámpara del Islam con el corazón de los infieles». La crueldad turca, proverbial, se ejerció con los húngaros, pero también con sus otros rivales. Selim I sometió en 1514 a Persia, y en 1517 a los sultanes mame-lucos de Egipto —sometiendo Siria, Arabia y Egipto—. La islami-zación de Turquía destruyó la comunidad cristiana que había en el Asia Menor, y martirizaría la población de los Balcanes, mediante el rapto de los hijos entre 10 y 20 años.

En este largo proceso de caída de los Balcanes, la disputa con la Iglesia Ortodoxa, conduciría a la merma de los esfuerzos cristianos (9). Quizás la consecuencia más inesperada de la creación de iglesias nacionales fue el caso de Bosnia-Herzegovina (10), hoy bastión musulmán, que devino en el más firme aliado de la invasión turca desde su llegada en el siglo xv. La Iglesia bosnia, era de un tipo particular, pues derivaba del bogomilismo. Este apareció a fines del siglo xii, como heredero de la religión de Manes o Mani, el maniqueísmo. Como éste, estaba fundada en la oposición entre el Bien y el Mal, y sintetizaba la antigua religión persa, el zoroastrismo, con el cristianismo. Por su contenido ecléctico y herético, pues el propósito era nada menos que desviar las conversiones del Católi-

(9) Más allá de las discrepancias de procedencia existía una polémica teológica, muy acerba, en relación al *Filioque*, es decir a la procedencia del Espíritu Santo, que en el caso de la Teología Católica provenía conjuntamente del Padre y del Hijo, y que para las Iglesias Orientales constituía una adición ilegal al Símbolo de Constantinopla, fijado en el 381.

(10) Hemos seguido parte de la erudita información, no así de su interpretación del autor de *El Imperio Otomano* (FCF, México, 1989) Dimitri Kitsikis, que ha escrito un artículo titulado *El conflicto de los pueblos yugoslavos* en la revista de *Ciudad de los Césares* n° 35, Santiago de Chile, julio-agosto 1994, págs. 7-12.

cismo. El bogomilismo era paralelo a los cátaros en el sur de Francia, y había penetrado por la misma fuente a Europa. La Iglesia bogomila se convirtió en la oficial en Bosnia-Herzegovina, y fue conocida como Iglesia de Bosnia. A pesar de su pertenencia a Serbia y a Croacia (S. VII al XII), la región evolucionó entre los siglos XIII y XIV a la autonomía. El crecimiento del bogomilismo inquietó al Papa, el que procuró destruir la influencia de la secta, lo que apenas logró y en forma forzada en un grupo de conversos poco entusiasmados: los criptobogomilos. Diez años después de la caída de Constantinopla, Mehmet II toma Bosnia, en 1463, y obtiene la adhesión en masa de la «Iglesia de Bosnia». Toda la estructura se convierte en musulmana sunnita: «preferían ser conquistados por el sultán antes que convertidos por el papa; y al ser conquistados no dudaron en cambiar de religión» (11). Dada la existencia de este acuerdo, Mehmet II les admite en el *devsirme*, o servicio de la corte, aunque los excluye del Ejército, situación más restringida que la de otros conversos, y designada por la palabra *potor*. Así la nobleza bosniaca pasa al servicio del Sultán, y una parte importante sirvió en las funciones de dominación de los restantes pueblos eslavos.

Pero fue en Albania, donde este procedimiento alcanzó su plenitud, y ello por su origen cristiano. Conviene destacar que en Albania se desarrolló una forma herética, si se puede decir, del Islamismo: el alawismo-bektashismo, fundada por el santón musulmán Hayyi Bektash (1247-1338) que sintetizó el shamanismo, el chiísmo, y el cristianismo griego ortodoxo, fuertemente influenciado por la influencia griega antigua. Bosnios y albaneses conformaron la quinta columna del mundo eslavo, y de su concurso partió una tendencia aún más fundamentalista (12). Los nobles bosniacos pasaron a ser los *begs*, y la casta militar de cristianos renegados formaban los

(11) Cit. por H. C. Darby y otros, *Breve Historia de Yugoslavia* Espasa-Calpe, Madrid, 1972, págs. 74-75.

(12) «Aunque mantenían su propio idioma, imitaban la vestimenta, los títulos y muchas de las costumbres de la corte turca; mostraron el celo fervoroso de los conversos y dejaron atrás a los otomanos en fanatismo religioso», H. C. Darby, *Breve Historia de Yugoslavia*, pág. 75.

kapetans (13), que llegaron en Bosnia incluso al cargo de Gran Visir. Por contraste los campesinos cristianos, los rajas, estaban obligados a entregar un porcentaje de sus hijos por la fuerza al cuerpo de Jenízaros. Esta conducta no fue excepcional. Un historiador contemporáneo ha descrito la aventura de los renegados en un libro apasionante, *Los cristianos de Alá*, y ha mostrado cuánto debía el Imperio a éstos. Los turcos cultivaron de modo sistemático esta práctica, en parte para procurarse soldados incondicionales al Sultán. Así, aun si diesen muestras formales de tolerancia a las llamadas cuatro millets o «naciones religiosas» (Islam, cristianismo griego ortodoxo, cristianismo gregoriano armenio, y judaísmo). Altas contribuciones a los «infiel» y la asunción del Sultán como protector del Islam, consagraban la indiscutible y obvia superioridad del mahometismo. Asimismo instituyeron que el servicio del palacio y del Ejército, sería entregado a conversos, por medio del devsirme, que incluía a los campesinos que hubiesen nacido cristianos griegos ortodoxos. De este modo el Cuerpo de Jenízaros, elite militar del Imperio, se compuso de renegados y conversos, lo mismo que buena parte de la administración.

IV. La vieja Constantinopla

Precisamente en el lugar donde se quiso construir la «segunda Roma», allí hoy día no quedan más que rastros arqueológicos y de poca monta de su pasado, de la ciudad fundada en el 330 con el nombre del Emperador que en el 312 aplastó a sus rivales invocando la protección del Dios cristiano. La Catedral de la Sabiduría, Santa Sofía, fue convertida en una mezquita, apenas se había conquistado la ciudad, demoliendo primeramente el altar. Los símbolos cristianos fueron destruidos, y los esporádicos rebrotes perseguidos sin piedad,

(13) Fue abolida en 1837, tras una serie de rebeliones de la nobleza bosnia en contra del Imperio al oponerse a diversas reformas de Mahmud II (1808-1839), al que descalificaron llamándole el «infiel cristiano», en 1821, 1828 y 1831. Finalmente la aristocracia bosniaca fue aplastada por Omar Bajá en 1850.

como acontece y aconteció con los armenios, que a principios de siglo sufrieron una de las más crueles matanzas de las que se tenga memoria.

Constantinopla, que mudaría su nombre por Bizancio, estaba unida a una percepción del Cristianismo muy ligada al Emperador: el Cesaropapismo. Esto fue su fuerza, pues a pesar de su inmovilismo, la cultura bizantina fue capaz aun de expandirse y preservar el legado romano bajo el influjo griego. Justiniano reconquistó parte del legado en Europa, Africa y Asia, enviando expediciones al sur de España, al norte de Africa, a Italia que sometió casi completa, lo mismo que toda la costa mediterránea entre el norte de Africa y Nicea, además de parte de Egipto, mantenido en su poder. Pero el Imperio empieza a sufrir el acoso de sus vecinos, y específicamente de los musulmanes, y en el 1025, el Imperio bizantino ha perdido las cosas, iniciando desde entonces una larga defensa. La presión islámica, arrebató el Oriente Medio, Egipto y Africa del Norte, en la segunda mitad del siglo VII, pero no avanza más tras el fracaso del asedio a Constantinopla (707), que deriva en un Tratado de Paz. Si bien a comienzos del siglo XI los árabes son detenidos, ello no significa un respiro, pues aparecen los turcos seléucidas que invadieron Asia Menor tras la batalla de Manzikert (1071), y aún más temibles enemigos que los anteriores.

La agonía de Constantinopla fue acelerada, es cierto, por las disensiones cristianas. La Cuarta Cruzada (1202-1204) destruyó los muros de la ciudad, cuando se preparaba a viajar a Tierra Santa. La codicia de los cruzados, los llevó no sólo a saquear impenitentemente la urbe, sino también a repartir el Imperio, y los bizantinos sólo recuperaron el control en 1261, pero la potencia militar bizantina quedó herida de muerte, y desde entonces el «Imperio Bizantino» sería sólo una alegoría, encerrada como estaba en sus murallas.

La caída de Constantinopla ha sido muchas veces narrada y siempre con el mismo dramatismo. En un asedio extenso, el último Emperador no quiso sobrevivir a la caída del Imperio. Fue una premonición; toda la influencia bizantina desapareció como por encanto. Las regiones del Asia Menor, importantes en los primeros siglos del Cristianismo, cayeron antes que la Segunda Roma. La cultura he-

nística fue barrida por el dominio musulmán. Por otro lado, la pérdida de autoridad en los Balcanes precipitó la ruina de los diversos pueblos eslavos. Algunos de ellos, como bosnios y albaneses se pasaron a la nueva religión, los más siguieron con su fe anterior. Los turcos siguieron su avance hasta detenerse en 1525 ante las murallas de Viena, y el Mediterráneo, ante la flota que combatió en Lepanto, 1571, dirigida por don Juan de Austria. Ese fue el punto máximo de la expansión islámica. Conforme a su naturaleza guerrera, ni un kilómetro más se hizo cristiano. Bizancio no volvió a ser cristiana.

V. La Jhilad o «Guerra Santa»: una espada contra el Cristianismo

Dentro de lo elemental de la «teología» islámica, producto, como ha probado el profesor Calderón Bouchet, de una mezcla mal digerida de elementos judaicos y cristianos (14), incapaz de aceptar la Trinidad (15), resaltó pronto el grito del Jhilad o Guerra Santa. Este era un grito oportuno, que permitía al «Profeta» Mahoma,

(14) «La intención de su autor fue, en un primer momento, la de enseñar a los árabes el contenido del Pentateuco», Rubén Calderón Bouchet, *El Islam. Una ideología religiosa*, Producciones Gráficas, Buenos Aires, 1994, pág. 1. Tor Andrae llega a la misma conclusión: «parece imposible llegar a distinguir con cuál de estas religiones está en deuda mayor. Acaso se pueda afirmar que la trama judía de la teología del Corán resalta tanto más cuanto más progresa la evolución personal del Profeta», *Mahoma*, pág. 111. H. A. R. Gibb, por su lado, comenta que la asociación de Ismael y Abraham a los santos del Corán tendió a hacer aparecer al Islam nada menos que como «un renacimiento del monoteísmo puro de Abraham, purificado (...) de las adiciones del judaísmo y de las del cristianismo», *El Mahometismo*, FCE, 1952, págs. 48-49, y reconoce que el fondo de la discusión contenida en *El Corán* da la impresión que «Mahoma no tenía un conocimiento directo de la doctrina cristiana», la cual parece llegar vía el judaísmo, al cual al principio de su predicación se acercó, págs. 47-48.

(15) «En especial, se repudió enfáticamente la doctrina de la filiación divina de Jesús, en términos que revelan la forma torpemente antropomórfica en que ésta había sido presentada o se presentó por sí misma a los árabes», H. A. R. Gibb, *El mahometismo*, pág. 47.

unificar a las tribus beduinas. «La salvación no es la obra de una purificación espiritual, sino de la obediencia pasiva a los jefes religiosos y políticos de la comunidad islámica. La guerra santa es el sacramento único que abre para el creyente las puertas del cielo» (16). Cuando el movimiento pasó de los beduinos a los árabes, persas y egipcios, el grito de la Guerra Santa, permitió ofrecer un paraíso de huríes a los guerreros. De hecho la palabra asesino proviene del hashid proporcionado a aquellos que se comprometían por Alá a asesinar a los dirigentes cristianos durante las Cruzadas. Era una actividad terrorista, pero no ajena al concepto de Guerra Santa (17). La expansión se alimentó de esta falsa promesa, y primero los árabes, pero luego los turcos, y ahora los persas y hasta sudaneses, la han tenido como complemento indispensable de su crecimiento. Donde ella fracasó, el islamismo ni siquiera es una variable, ya que lejos de métodos de persuasión funcionaba sobre la conquista militar, que en ocasiones, como en España, era puramente superficial.

Por lo demás ello es inherente a su expansión. Mahoma era un líder temporal, que dedicó parte importante de su tiempo a las campañas militares, y que sólo pareció impresionarse ante la resistencia de las tribus judías que estaban en Arabia. La cuestión es importante, porque de ello derivan dos aspectos. Primero que la actividad profética de Mahoma estaba indisolublemente unida a su eficacia bélica, lo que queda bien claro cuando Mahoma congrega a los beduinos para asaltar las caravanas a La Meca y cobrar tributo. Como dice un biógrafo, reveló «unas no despreciables dotes militares», pues instruyó a los suyos para mantener un orden cerrado, evitando los duelos individuales, mientras hacía que una lluvia de flechas interminable evitase lo más posible la lucha cuerpo a cuerpo compensando las

(16) «La disciplina impuesta a los fieles no tiene designios de cumbienda ascética, a no ser los impuestos por la vida militar y la exaltación del valor frente a la muerte, sostenido por una visión del más allá en perfecta correspondencia con las inclinaciones más audaces del erotismo», Rubén Calderón Bouchet, *El Islam, una ideología religiosa*, pág. 2

(17) En la Guerra Irán-Irak los milicianos de la Revolución Islámica también esperaban el paraíso prometido.

desigualdades numéricas (18). La otra consecuencia, fue que la resistencia hecha por los judíos, aun en las circunstancias en que fueron derrotados, y obligados a emigrar de Arabia, le hizo estudiar poderosamente el Torá y los libros antiguos. Además, su conocimiento del cristianismo venía de fuentes judías, lo que acrecentaba su visión incompleta y caricaturizada, más impresionable frente al judaísmo. Mahoma decide, endeudado con esta genealogía con las fuentes del Viejo Testamento y del Torá, obligar al Judaísmo y el Cristianismo a respetar la nueva religión, pero sólo para pagar los tributos (Corán, 9, 29). «Esta era —comenta un biógrafo— la posición que el Islam iba a tomar en lo futuro frente a las religiones bíblicas» (19).

Violento, ordenó eliminar a sus numerosos adversarios, entre ellos varios poetas satíricos que se habían burlado. Refiriéndose a Kab ibn al-Achraf, un judío particularmente burlón, preguntó a sus seguidores «¿Quién me libra de Kab?». Obvio es decir, que varios de ellos cumplieron el encargo llevando su cuerpo ensangrentado, para depositarlo a sus pies.

Hoy por hoy, la profusión de mezquitas en el mundo cristiano no puede disociarse de este ánimo bélico. El intento de imponer la «ley coránica» entre los inmigrantes musulmanes en los colegios franceses así lo indica. El llamado terrorismo islámico no es más que una cara de la Jihlad, y crecientemente está ganando a sectores sunnitas, algo más remisos a seguir el modelo de Irán (20). Asimismo el fundamentalismo se está imponiendo en todos los países musulmanes, con precarias excepciones como Egipto, Argelia, Afganistán, y ahora Turquía, donde los militares turcos están aprovechando el anticomunismo de los fundamentalistas para eliminar —de un hachazo, marca peculiar de éstos, como entre los soviéticos el tiro en

(18) Tor Andrae, *Mahoma*, Alianza Editorial, Madrid, 1966, pág. 207.

(19) Tor Andrae, *Mahoma*, pág. 234. En el sur de Arabia, la comunidad cristiana de Nechran se sometió a su dominio, y fue obligada a pagar un importante tributo de 2.000 trajes, cada uno por valor de una onza de plata, a cambio Mahoma se comprometió a resguardar su vida y bienes. Se suprimió la usura, y la Iglesia nestoriana se obligaba a predicar la obediencia al protector, id., pág. 235.

(20) Es el caso del Sudán, de mayoría sunnita, que está amparando gran número de terroristas, pero lo ha sido antes también el de la Libia de Gaddafi.

la nuca— a los kurdos independentistas, de tendencia comunista «atea» (21).

Quizás para algunos no sea fácil asociar ese impreciso mundo musulmán con el deseo de arrebatar de los corazones el Cristianismo, pero así es. No otra cosa se esconde bajo el proyecto «cultural» y folclórico que reivindica las raíces de la dominación islámica en Andalucía (22), y pretende construir como afrenta a Occidente y a España, la más grande mezquita del mundo en Córdoba.

(21) Los tres primeros tienen graves problemas internos, en Afganistán se libra una guerra civil entre los vencedores de los soviéticos, en Argelia hay una rebelión sostenida contra la Junta Militar, lo mismo que contra el gobierno egipcio.

(22) Y que da origen al proyecto de un autonomismo andaluz, lleno de simbologías musulmanas, y cuya bandera no por casualidad es verde, color del Islam.